

□ Tiempo de lectura: 5 min.

La historia de los ojos de Don Bosco revela un rasgo sorprendente y profundamente humano del Santo. Entre las numerosas imágenes que lo retratan, la fotografía tomada en Génova en 1886 reproduce con mayor verdad su fisonomía: una mirada luminosa, capaz de conquistar y hacer intuir su corazón de padre, a pesar de que en ese momento el ojo derecho ya estaba apagado y el izquierdo gravemente debilitado. Desde joven, de hecho, Don Bosco sufrió problemas de vista, agravados por incidentes relacionados con tormentas, por una vida de estudio incansable y por continuos sacrificios. A pesar de ello, nunca dejó de dedicarse a los jóvenes y a la misión que se le había encomendado, afrontando con paciencia y fe incluso la creciente ceguera.

Porque tenía los pies bien puestos en la tierra y la mirada fija en el cielo.

Entre todas las fotografías de Don Bosco hay una que, según quienes lo conocieron, reproduce mejor que todas su verdadera fisonomía. Es la fotografía realizada por Angelo Ferretto, del Establecimiento Gustavo Luzzati de Génova, el 16 de marzo de 1886, cuando Don Bosco, a los 71 años, de viaje por España, se había detenido unos días en Sampierdarena.

Esta fotografía fue luego retocada en 1888 por el pintor Giuseppe Rollini para el famoso retrato al óleo conservado en las «Camerette» de Don Bosco. También fue utilizada por Giovanni Crida para sus conocidos cuadros del Santo.

En el retrato genovés, los ojos de Don Bosco brillan con una luz particular que te invade y te conquista, revelándote el corazón de padre que él tuvo.

¿Y quién lo imaginaría? Cuando Don Bosco posó para esa fotografía, su ojo derecho ya estaba apagado y el izquierdo cansado y enfermo.

La vista de Don Bosco

Desde joven, Don Bosco sufría de ardor en los ojos, debido a las largas vigiliyas y al continuo leer y escribir a la luz de la vela o de la lámpara de aceite.

En 1840, en el seminario de Chieri, mientras estaba en la ventana observando el cielo amenazador, cayó un rayo sobre el parapeto y algunos ladrillos sueltos lo golpearon en el estómago, tirándolo al suelo desmayado (MB I, 488).

Años después, en una noche de tormenta, mientras él se encontraba en Sant'Ignazio, sobre Lanzo, para los Ejercicios Espirituales, la puerta de cristal del pasillo donde se encontraba se abrió con estruendo bajo el ímpetu de la tormenta y el rayo se descargó, entre un diluvio de lluvia, a sus pies. Él permaneció milagrosamente ileso; sin embargo, contrajo un dolor de ojos que se renovó a menudo, mientras que el ojo derecho le quedó luego siempre nublado (MB V, 513).

No fue esa la última vez que el rayo molestó a Don Bosco. En Valdocco, la noche del 15 de mayo de 1861, se tomó de nuevo la molestia de atormentarlo. Después de aquel incidente, su dolor de ojos se agravó hasta el punto de apagarle por completo el ojo derecho y debilitarle tanto el izquierdo que hizo temer lo peor. Se le prescribió entonces no leer ni escribir después de la puesta del sol (MB VI, 937ss).

No consta que Don Bosco se atuviera a la prescripción, pero se vio obligado a usar gafas oscuras («las gafas azules», dicen las Memorias). Un exalumno de Borgo San Martino, Carlo Rampini, recuerda en «La Voce del Collegio» («La Voce del Collegio» Año XIII, n. 4) una visita de Don Bosco que quedó imborrable en su memoria y dice: «Apenas bajó al patio, fue un general correr a su alrededor para besarle las manos y escuchar sus paternas recomendaciones. Y Don Bosco, siempre bueno con sus queridos muchachos, tomó una actitud casi profética y, poniéndose las gafas, escudriñando por debajo de los cristales nuestros ojos, decía bromeando: — En este momento, queridos hijos, no solo os veo a vosotros, sino que también veo vuestros pensamientos».

Así pues, Don Bosco, al menos durante un tiempo, ¡incluso llevó... gafas de sol!

También se vio obligado a pedir la dispensa de la recitación del Breviario durante los períodos en que no podía leer sin gran esfuerzo. Él mismo dijo un día al beato Don Filippo Rinaldi que, joven clérigo, le había comunicado que necesitaba un oculista:

— Mira, yo también siempre he tenido la vista débil y luego se me ha debilitado tanto que en ciertos períodos no puedo leer nada, absolutamente nada, mientras que en otros leo y escribo con menor o mayor dificultad (MB XIX, 400).

Don Rinaldi comprendió entonces que le ocurriría lo mismo. Y así fue, porque también Don Rinaldi durante mucho tiempo no pudo ni siquiera recitar el Breviario, cosa que logró, en cambio, hacer más tarde sin fatiga.

De varias cartas de Don Bosco se tienen detalles interesantes sobre el estado de su vista. Escribiendo a la Condesa Callori el 14 de noviembre de 1873, le decía: «Mis consultas oftalmológicas tuvieron como sentencia: el ojo derecho con poca esperanza; el izquierdo se puede conservar en status quo mediante abstinencias de leer y escribir. Por lo tanto, comer, beber bien, dormir, pasear, etc. etc. Así seguiremos adelante» (E 1126). A la misma Condesa el 25 de noviembre de 1878 le escribía: «Aquí todos estamos bien en general. Solo que mi vista está empeorando precipitadamente. Dios lo ve bien así, porque no me servía como debía» (E 1866).

En su viaje a Francia de 1879, Don Bosco, escribiendo a Don Rua desde Marsella el 11 de enero, le informaba: «Mi salud en general es bastante buena. El ojo izquierdo no ha empeorado, el derecho ganó algo. En estos momentos leo las palabras Le Citoyen, cosa que en dos meses me resultó absolutamente imposible» (E 1891).

En el viaje de 1880 visitó las casas de Saint-Cyr y de la Navarre, antes de regresar a Marsella. Lo acompañaba Don Ronchail, sustituido luego por Don Cagliero. Este encontró que Don Bosco «tenía buena pierna para caminar, pero poca vista para ver». Don Bosco mismo en aquel año observaba: «Es verdad. Con un ojo veo menos que con dos. Sin embargo, espero que el Señor me conserve este uno porque de lo contrario ya no podría trabajar. ¡Oh! ¡El Señor sabrá bien arreglar las cosas de alguna manera!» (MB XIV, 51).

Después de 1880 sus condiciones empeoraron mucho, tanto que el 14 de octubre de 1884 Don Bosco se vio obligado a pedir a la Sagrada Penitenciaría el indulto para celebrar los días festivos la misa votiva de la Santísima Virgen y los días laborables la misa por los difuntos. Y sin embargo, nunca se quejó, y ni siquiera rezaba para curarse. Rezaban en cambio sus hijos; pero el Señor tenía sus caminos. Y Don Bosco, a pesar del mal, continuó con un esfuerzo inmenso ocupándose de todos y de todo para promover la gloria de Dios y el bien de las almas, hasta la muerte.

Natale CERRATO, Don Bosco y su estilo, pág. 48